

cadadas por los papas alentó y acrecentó la necesidad de retomar las conquistas. A todo ello contribuyó la aparición de factores como la «reorganización de las estructuras económicas, sociales y políticas de las sociedades mediterráneas [que] trataron de hacerse con el control de los centros productivos de cereales y de las grandes rutas del oro y de los esclavos» y la evolución y desarrollo del armamento militar que situó a la aristocracia guerrera cristiana en condiciones de superioridad frente a sus competidores y enemigos: los imperios islámicos de Oriente y del Norte de África (Alvira, 2003, pp. 105 y ss.). Esta superioridad militar del norte peninsular puso al alcance de la mano la conquista de la casi totalidad del territorio de *Al-Ándalus*.

La derrota de Alarcos en 1195 fue un aldabonazo para los obispos y reyes de la península. Sancho VII de Navarra, Alfonso II de Aragón y Alfonso VIII de Castilla, con la sonada ausencia de Alfonso IX de León, se reunieron al año siguiente en Ágreda: «*rex Nauarre, et rex Castelle, et rex Aragonie habuerunt colloquium ínter Agredam et Tirasonam*» (Marichalar, 1934, p. 38) presionados por el papa Celestino III para concentrarse en la lucha y en frenar la expansión islámica, despertando el espíritu de «cruzada» ante la «yihad». El encuentro debió de producirse a mediados de marzo de 1196 ya que, pocos días después de las vistas, concretamente el 21, está documentada la presencia de Alfonso II en Zaragoza y el 29 la de Alfonso VIII en Lagunillas y la de Sancho VIII en Olite. La reunión debió de ser infructuosa. No hay constancia documental de acuerdo alguno y, además, los navarros y Alfonso IX de León siguieron hostigando a los castellanos y el monarca aragonés marchó de inmediato a sus estados del *Midí*, falleciendo en Perpiñán el 25 de abril del año en curso. Le sucedió su hijo Pedro II, sometido a la dirección y cautela de su madre la infanta castellana doña Sancha hasta cumplir los veinte años (Miret, 1904, 16, p. 470-471 y 1905, 18, p. 81; González, 1960, III, p. 856; Zurita, II, xlvii).

Pedro II siguió manteniendo la alianza con Castilla, en la perspectiva del antiguo objetivo de repartirse el reino de Navarra aprovechando que Sancho el Fuerte se desplazó al norte de África en connivencia con el rey de León para negociar un tratado con el califa almohade. Castellanos y aragoneses se lanzaron a la ocupación de plazas navarras, lo que supuso el paso de Vitoria, Guipúz-